

EN TORNO AL FUEGO DE LA COCINA. DOS BREVES HISTORIAS

AROUND THE KITCHEN HEARTH. TWO SHORT STORIES

Nieves Muñoz Muñoz
Filósofa y escritora

En un pequeño pueblo perdido en la meseta castellana

La observaría cuando, por la tarde se arrodillase
en el suelo para atizar el fuego de la estufa...

Robert Walser¹

La madre se levantaba todos los días a las 6 h. de la mañana. Fuera y dentro de la casa, el frío era intenso. Por una estrecha ventana se podían observar los carámbanos que con sus formas fantasmales señalaban lo gélida que había sido la noche. Acudía a la cocina y empezaba a preparar las primeras brasas para que la única lumbre que ardía en la casa calentara esa estancia donde se hacía la vida; en torno al fuego se reunían todos, tan solo se salía de allí para dormir. Una vez encendido, colocaba en el fuego una caldera llena de agua que iba a servir para lavarse en la palangana colocada en una esquina de la cocina; era el primer uso que a lo largo del día se haría del llar, cuya función era calentar la casa y cocer los alimentos. A lo largo del día, en la cocina se mezclaban los mismos olores a guisos pobres y sencillos, abundaban los garbanzos, el cocido, pero quizá lo más agradable era el olor que desprendían las patatas cuando eran asadas directamente en las brasas.

Allí hacían la vida ella, el marido y los cuatro hijos supervivientes de los once que la mujer había tenido (los siete restantes apenas llegaban a los dos años cuando fueron

¹ Walser, Robert (2003) Los hermanos Tanner. Madrid: Ediciones Siruela, p. 105.

arrasados por cualquier dolencia). Ella se encargaba de que fuera habitable un lugar donde se habría de convivir cuando todos estaban en la casa. Escaseaban las palabras, pero menos de lo que cabría esperar en una situación de gran penuria. La sonrisa de la mujer, misteriosamente surgida de un alma sensible, y sus cortas pero precisas palabras también caldeaban o propiciaban un cierto ambiente espiritual, además del material.

El hijo mayor estudiaba, se preparaba para ir al seminario, mientras la madre avivaba el fuego para que él pudiera tener las mínimas condiciones y conseguir que su intelecto no se helara como ocurría a menudo con las puntas de sus extremidades. Los otros hijos acudían a la escuela y al volver a casa, bajo la mirada atenta de la madre, hacían sus deberes alrededor del fuego de la cocina.

No se sabe cómo pero esa mujer de rostro ya enjuto –el duro trabajo en el campo, en la casa y, por supuesto, en los partos dejaban su huella– y ojos azules, casi transparentes, como si la contradicción hubiera hecho presa de ella, aprovechaba la noche, mientras quedaba algún rescoldo, cuando ya todos descansaban y ella había finalizado sus tareas en torno a esa lumbre que daba vida a la casa, para leer algunos libros de poesía; las notas que nos han llegado escritas por ella sobre el nacimiento y muerte de sus hijos, descubren una letra hermosísima; además de cuestiones tan personales, encontramos algún apunte haciendo referencia a poemas de Rubén Darío.

¿Cómo fue capaz de expandir su espíritu más allá de esas ollas con las que intentaba la supervivencia, inútil en muchas ocasiones, de tantas bocas que esperaban su sustento, y agachada sobre el fuego que iba curvando su espalda? ¿Qué pensamientos habría *pensado* desde esas duras condiciones, si se le hubiera ofrecido un pequeño resquicio por donde poder cristalizar lo que ocurría dentro de su alma? Lo que es casi seguro es que esas ideas bordadas por su mente y que nunca vieron la luz, habrían tenido un destino ligado a la mejora de la especie, y no a su destrucción. Pero nada de esto llegó a ser, no la dejaron.

Muchos años después, una de sus hijas, poco antes de morir a los 85 años y en ese momento en que las imágenes del pasado acuden presurosas a lo que queda de la frágil memoria, recordaba cómo el hermano mayor de los once había bautizado al «hermanillo» más pequeño y le había puesto por nombre Edmundo, como un

filósofo, aclaraba. Siempre se ponía el nombre del día a los recién nacidos pero en este caso se hizo una excepción. Ella no sabía qué era un filósofo; pero una gélida tarde de invierno a la luz de la lumbre, mientras preparaban juntas el escaso arreglo que sumergir en el agua de la olla, su progenitora le relató un pequeño fragmento de la aventura del pensamiento.

Ese hecho había ocurrido en el año 1926.

En una cabaña perdida en la Selva Negra

Muy lejos de allí, un discípulo de Edmund Husserl (que permanecía ajeno al homenaje que se le tributaba en un pobre y lejano pueblo), Martin Heidegger terminaba de escribir en una cabaña a la que se había retirado en Todtnauberg su obra más importante: *Sein und Zeit* (*Ser y tiempo*).

Corría el año 1926.

Se aisló en ese lugar para poder pensar. Despreciador del sufrimiento que existía a su alrededor, en soledad, al lado del fuego, a resguardo del frío invierno en una cabaña de la Selva Negra, levantó su teoría a salvo de los hechos, sin contaminarse con la dura realidad. En esta ocasión, la historia nos ha legado el nombre de la mujer que casi siempre se encargaba de mantener encendido el fuego de su cabaña, lo avivaba intentando paliar las gélidas temperaturas exteriores y conseguir el ambiente más cálido posible. El nombre de esa mujer era Elfriede, la esposa de Heidegger. En algunas fotos aparece el filósofo sentado mientras ella trabajaba en los fogones. Hay que tener en cuenta que la teoría bañada y bendecida por el espíritu gozaba de su carácter etéreo olvidándose de la subsistencia y del medio material (para algunos como Heidegger también del moral o social) que siempre una mujer mantendría vivo.

La disposición de la cabaña era distinta a la de la casa anteriormente descrita, aunque de una sencillez similar, el filósofo había acudido allí por deseo propio para evadirse del ruido de los círculos intelectuales en que se movía. El recinto estaba formado por una estancia que ocupaba todo el perímetro de la cabaña, donde se encontraban los fogones en el centro para preparar los alimentos y en las zonas laterales, unas camas y

una mesa que recibía la luz de una ventana, al lado de la estufa, donde el pensador daba rienda suelta a su intelecto. Los olores también fueron probablemente distintos: carnes, salchichas con verduras o patatas indicaban un estatus distinto.

Por lo demás, la situación era la misma, una mujer recogiendo la leña, manteniendo el fuego de la cocina, de la cabaña, y preparando las mejores condiciones para que el pensamiento pudiera ser. El vagabundeo por el mundo de las ideas no desea echar raíces en la Tierra, de ahí que a la mujer se le haya negado a lo largo de la historia el disfrute de los manjares espirituales: encender y avivar el fuego ha sido su trabajo. Sin embargo, relegada y despreciada por este trabajo sin el cual nada se hubiera podido construir, a la mujer se le condenó a la sombra.

¿Le cabe a alguien pensar que el filósofo perdería un segundo en los asuntos relativos a la subsistencia? ¿Cómo imaginar tamaño dilatación? Posiblemente cuando se retirase la mujer que le había encendido el fuego, como una especie de sombra, él, extasiado, miraría plácidamente la llama, al tiempo que reconocía en ella, el puro movimiento y el puro Ser, el símbolo de una Naturaleza que era y devenía incansablemente, ya expresada así por el viejo Heráclito; o, dejando perdido su pensamiento oscuro, al compás de las volutas que dibujaba el fuego, ideaba la mostración interminable del Ser que se ofrecía a la observación pura, y consiguiendo así permanecer sordo a los gritos de espanto que se avecinaban en torno a él.

Cabría preguntarse una vez más si se hubiera hablado del «Dasein», de ese ser-ahí encubierto por un lenguaje enredado en sí mismo y totalmente ajeno al hecho humano, si la teoría hubiera brotado de las mismísimas necesidades materiales (eso que horroriza a tantos pensadores llamados puros) que envolvían la existencia humana y que las mujeres conocían tan bien. ¿Cómo hubieran sido las ideas engarzadas con la subsistencia de la especie si a las mujeres encargadas de ella, se les hubiera dejado expresarse? ¿Hubiera generado su espíritu ideas que dieran sentido y cambiaran la penuria de las condiciones materiales? Preguntas que de nuevo se abren al vacío y quedan sin contestar...

Fueron muchos los varones que se refugiaron en una cabaña en la que ardía un buen fuego para poder pensar. Nosotras escuchamos al hombre que nació en una ca-

baña y al hombre que volvió a ella, qué más da, siempre hubo una madre, una esposa, una amante o una hija que encendieron y apagaron el fuego de la cabaña, para que su calidez cobijara e hiciera posible la existencia de tantos pensamientos, de tantas obras de arte, de tantas teorías. Hicieron de la casa del ser o de la esencia su hábitat natural, ahí han sentado sus sentencias, mientras las mujeres mantenían a resguardo sus moradas para que la vida fuera.

Tantas mujeres podrían decir: «mañana pensaré si mientras enciendo el fuego como nunca dejé de hacer, pienso o cuento el pensamiento de otros si no tengo tiempo de pensar el mío con tanto encender y mantener el fuego. Mañana lo pensaré. Me gusta pensar que lo pensaré mañana, cuando me siento fatigada con el día cansino a cuestas; le hago un guiño al cuerpo y le digo: mañana lo pensaremos...».

